

W. E. Curtis

C.E.N.A.
972.86
C981m
C.R.

LA MAS PEQUEÑA DE LAS
REPUBLICAS AMERICANAS

D. G. B.

LA MAS PEQUEÑA

DE LAS

REPUBLICAS AMERICANAS.

SAN-JOSÉ.

Impronta Nacional.

1887.

San José, octubre 28 de 1886.

Señor:

La muy acreditada publicación mensual conocida en ambos continentes con el nombre "Harper's New Monthly Magazine," que cuenta treinta y ocho años de existencia, en su número 449 correspondiente á este mes de octubre, trae un elaborado artículo con algunas ilustraciones ó grabados sobre Costa Rica, debido á la ejercitada pluma de William Eleroy Curtis, bajo el epígrafe "The Smallest of American Republics".

A la par de admirables descripciones sobre la espléndida naturaleza, clima, &ª, de este país y de muy favorables apreciaciones sobre la parte culta de nuestra sociedad y carácter nacional, se encuentran tales errores, tantos conceptos equívocados, y tal confusión en algunos hechos á que se refiere, que no es posible dejar que corran por el mundo, sin la debida rectificación.

Si se tratase tan sólo de desfavorables apreciaciones, no valdría la pena de contradecirlas; pues cada cual es dueño de ver y juzgar á su gusto ó á su modo. Mas tratándose de cosas y asuntos trascendentales, es un deber ocuparse, siquiera de rectificarlos—máxime cuando aparecen bajo la firma de un autorizado escritor, y cuando este escritor formaba parte de la famosa Comisión de los Estados Unidos de Norte América, que con carácter oficial, visitó hace cuatro años próximamente, México, Centro y Sud América. Apreciaciones emanadas de tal fuente llevarían carácter de autoridad, y no pueden conceptuarse como la exposición de observaciones particulares y privadas.

Sensible es que escritores tan conceptuados y fecundos no se impregnen bien de lo que escriben, y que se crean competentes para juzgar de todo, con la mayor seriedad, sin las condiciones necesarias en estos casos, como son residencia siquiera de un año en el país, posesión de su idioma, datos auténticos y buenas fuentes de información.

Las consideraciones anteriores han movido á don Manuel J. Carazo á ocuparse de una correcta traducción del artículo referido, y al que suscribe, á consignar algunas breves notas rectificando los errores más graves que allí aparecen.

Aprovecho la oportunidad para repetirme de Ud. muy atento obsecuente servidor.

FRANCISCO M. IGLESIAS.

Señor Lic. don Cleto González Viquez.
Ministro de Gobernación &^a &^a

LA MAS PEQUEÑA DE LAS REPUBLICAS AMERICANAS. (1)

Por William Eleroy Curtis.

Hace cerca de cuatrocientos años un anciano marino costeaba el litoral al Oriente de Costa Rica en una nave, no mucho más grande que un bote de canal, en busca de un pasaje que le condujese á los mares del Occidente.—Se había provisto de un entarimado en la proa de su pequeña embarcación donde pudieran descansar sus fatigados huesos y desde el cual pudiese observar al mismo tiempo el campo de sus descubrimientos. Poco quedaba ya del anciano á no ser su fuerza de voluntad; había recorrido toda la costa desde Yucatan á Trinidad; había notado que ella presentaba una línea constante, que no le permitía pasar fácilmente á pesar de sus cálculos y que un obstáculo inesperado se presentaba á las teorías que por treinta años había acariciado—La geografía del Nuevo Mundo se la representaba en su mente de un

modo bastante sencillo. El mundo era una esfera; de eso no le cabía la menor duda; y seguramente debía existir y rodearla una faja de agua navegable.—En esta esperanza continuó impertérrito su navegación, sin hacer alto en las desembocaduras de los ríos, navegando siempre por las costas de los golfos y bahías. Instintivamente detúvose en la parte más estrecha del continente, donde sólo una estrecha zona une á las Américas, interpuesta sin duda por alguna gran convulsión geológica para contrariar sus teorías y desvanecer sus ensueños.—Esta es la parte más patética de su historia.—Finalmente, vencido por la edad y sus dolencias, se vió obligado á abandonar la empresa; y temiendo regresar á España sin haber hecho nada que pudiese satisfacer la codicia de su soberana, subdelegó el mando de su flotilla en su hermano Bartolomé, y se entregó á sus pesares cuando ya comenzaba el carnaval de asesinatos y saqueos que debía durar por el espacio de dos siglos. (2)

Entre los puntos que visitó en la mira de traficar con los indios dió con un portete dentro del cual se hallaban islotes cubiertos de limonares, y Colón lo marcó en su carta con el nombre de "*Puerto del Limón*." (3.) Hoy día este lugar es una colección de casuchas de madera y de ranchos de caña, con muelles, almacenes y

talleres de ferrocarril, rodeado de la vegetación tropical más exuberante, animado por la presencia de multitud de aves de vistoso plumaje, gran número de reptiles venenosos y jaguares de hermosísimo pelaje. Aquí y allá en los alrededores del lugar se encuentran algunos cañaverales y grupos de cocoteros, los famosos árboles de pan con que Dios dotó al salvaje como dió el maíz y el arroz á su hermano del Norte; nótanse también los esbeltos cuanto graciosos caucheros, cuyos troncos blancos, manchados de negro, se asemejan á los pescuezos de las girafas.—Este árbol da escasísima sombra; pero el bananero con sus grandes hojas verdes, semejantes á plumeros, ofrece suficiente sombra á los ranchos cubiertos de hojas de palmera, á los niños desnudos que retozan debajo de ellos, y á las mujeres medio vestidas que parecen esconderse bajo su sombra de los rayos del sol.

Como rodeando la ciudad, en un radio de sesenta millas, se encuentra un espeso bosque poblado de árboles seculares, majestuosos y venerables, revestidos de espeso musgo y de luegос mimbres semejantes al cordaje de un vele-ro.—En sus ramas se asientan maravillosas orquídeas, tan frescas y vistosas como el plumaje de las aves, entre ellas la flor del Espíritu Santo y otras plantas raras, tan abundantes como

las margaritas en los prados de la Nueva Inglaterra. Hay otra flor, desconocida en otras partes, llamada *tornasal*, que en la mañana es tan blanca como la camelia, pero en la tarde se colora de un tinte rojo subido, y al caer la tarde se inclina blandamente sobre su tallo. Este panorama se observa desde abordo entre un velo de rocío ó de vapores miasmáticos—donde los pulmones del hombre encuentran su tósigo, pero del cual las plantas se alimentan. El panorama se extiende desde las faldas de los montes hasta la línea espumosa de franja plateada que forman las ondas del mar; y sólo interrumpen la vista las nubes que parecen inmóviles en la atmósfera, como si ellas, con todo el resto de la naturaleza, hubiesen respirado la fragancia de la adormidera y se hubiesen narcotizado.

Pero en las mañanas y en las tardes cuando hace fresco, el Limón es una ciudad muy activa; varias locomotoras con largos trenes de carros descienden del interior, cargados de sacos de café y de racimos de bananas. Gran número de peones medio desnudos se mueven en los muelles cargando los vapores para Liverpool, Nueva York y Nueva Orleáns. El café se deposita en las bodegas en espera de los vapores que han de llevarlo á su destino, pero los bananos no deben cortarse sino el mismo día

del embarque; y por telégrafo se anuncia á los hacendados el día de la salida de los vapores.— Frente á cada hacienda se deja el número de carros que los hacendados necesitan, y éstos se cargan con los bananos á medio madurar, todavía esmaltados por el rocío de la mañana. Muchas veces un solo vapor lleva hasta cincuenta mil racimos, que representan la suma de seis millones de bananos; pero como de éstos se pudre una gran parte en el viaje, sucede con frecuencia que más de la mitad se arroja al mar antes de llegar á su destino. La exportación de estas frutas en Costa Rica cuenta poco tiempo de haber sido emprendida, pues hace algunos años sólo venían los bananos á los Estados Unidos de la costa de Honduras y de las Antillas, pero el gran incremento que este cultivo ha tomado en la comarca de Limón hace que este puerto goce hoy día de un monopolio casi completo de esta fruta en su tráfico con los Estados Unidos. Esto se debe á la construcción de un ferrocarril de setenta millas al interior, por medio del cual se trata de unir la ciudad de San José, capital del país, y su poblado valle con el Atlántico. El ferrocarril lo emprendió el Gobierno, pero antes de terminarse ha pasado á manos de Minor C. Keith, de Brooklyn, quien lo arrendó é intenta continuarlo hasta San José, de donde actualmente se trasporta el flete á Carrillo

en carretas, por una distancia de treinta millas.

En ambos lados de la línea hay establecidas muchas haciendas de bananos en los bosques vírgenes que producen grandes cantidades. Muchos de los hacendados allí establecidos son de los Estados Unidos, especialmente de los Estados del Sur; y como es costumbre bautizar las haciendas, encuentra el viajero á la entrada de cada una de ellas el rótulo bautismal.—Sobre el portón de una de las más hermosas dí con la siguiente inscripción en inglés: *Johnny Reb's (*) Last Ditch*, perteneciente á un confederado que después de ser tratado pésimamente por la fortuna en su patria, arribó á esas playas, compró á plazo tierras baldías y ahora se halla en camino de hacer una gran fortuna.

De la Estación de Carrillo, término del ferrocarril del Atlántico, se continúa el camino á caballo hasta la capital por los pasos de los montes pintorescos de la cordillera, faldeando muchos desfiladeros, donde jamás penetran los rayos del sol. No hay carruajes y el viaje tiene que hacerse montado y desde el romper el alba para llegar á San José antes de oscurecer. La ciudad de San José está situada en un precioso valle, cercado por las cordilleras y rodeado de un grupo de volcanes, pues por lo menos se notan ocho desde los tejados de las casas. (4) El

(*)—Última fosa de Jonny Reb.

comportamiento ordinario de éstos generalmente es muy regular, y duermen tan quietos como los profetas; pero de vez en cuando se indigestan, despiertan de su letargo, arrojan fuego y vomitan azufre, lava y cenizas: Cualquiera creería que las gentes que viven continuamente en medio del peligro, pronto se acostumbrarían á los terremotos y erupciones; pero no es este el caso.—El intervalo trascurrido desde que la ciudad de Cartago fué destruida pasa ya de cuarenta años: hace ya igual tiempo que se teme que la repetición de tan interesante espectáculo sea muy solemne; y como estas funciones no se publican de antemano en los periódicos, las gentes se hallan en la incertidumbre de despertar envueltos en lava y ceniza, el día menos pensado, ó bien arrollados en sus sábanas como de costumbre.—Esta incertidumbre le da cierto gustillo picante á la vida, que los supersticiosos timoratos no pueden apreciar.

Es una teoría admitida por los sabios del lugar que existe una comunicación subterránea entre todos los volcanes del grupo, y que un fuego tan prodigioso como constante arde en sus entrañas.—Por consiguiente se necesita que por lo menos uno de ellos se ocupe en arrojar los gases por el cráter, pues en caso de negligencia, los gases y el humo se acumularían en los antros profundos y al ponerse en con-

tacto con los fogones interiores sacudirían la tierra por su explosión. Dicen también que cuando todos los volcanes cesan en sus trabajos se sigue inmediatamente un temblor, y que si el Turrialba, que se halla actualmente en actividad, cesara de mostrar su plumaje de humo en el día y su columna de fuego en la noche, deberían las gentes abandonar sus casas y correr al campo para no ser víctimas de una calamidad inminente.—Todos los edificios del país están hechos de modo que pueden ponerse á las órdenes de los temblores, pues son casi todos de un solo piso y no pasan jamás de dos: los hacen de anchas paredes de adobes, que son ligeras y elásticas.

La ciudad cuenta como 30,000 habitantes, esto es, casi la séptima parte de toda la población de la República: parece extraña y original á los ojos del viajero norte-americano, pues no recuerda haber visto en su tierra nada semejante.—El clima es una continua primavera. Las flores son perennes; el follaje se marchita y cae en el otoño, muerto de cansancio pero nunca de frío. Los días son siempre templados y deliciosos; las noches frescas y favorables al sueño.—El invierno no es tan agradable como el verano, pues cuando no llueve, los vientos levantan gran cantidad de polvo, y hace falta el verdor brillante de los campos y las sabrosas



frutas. Nuestros abrigos y sobretodos de invierno son casi desconocidos—los almacenistas no los venden,—y los naturales no necesitan de nuestras estufas. Se puede observar toda la ciudad desde la torres de la Catedral y no distinguir una sola chimenea.—El mercurio no pasa jamás de ochenta, y rara vez baja de los sesenta grados Fahrenheit. Las espesas paredes de las casas contribuyen á que la temperatura en el interior de ellas sea muy igual, pues apenas varía en cinco grados un año con otro, y casi nunca cae agua suficiente para que pueda notarse la humedad en el interior del hogar.— Los edificios no muestran la menor belleza arquitectónica: las calles presentan un aspecto de igualdad monótona. Sólo en los campos se ven algunas habitaciones pintorescas: por lo general deben éstas su situación graciosa al paisaje natural y no á la inteligencia del hombre. Las tiendas se distinguen de las residencias de familia sólo por tener más anchas puertas y más espaciosos cuartos, mientras que los almacenes son conventos abandonados ó casas de habitación alquiladas á los comerciantes. (5)

Los comerciantes son generalmente extranjeros,—franceses ó alemanes; las personas que se dedican á las profesiones y oficios son hijos del país.—El pueblo es el mas pacífico é industrioso de todos los Estados de Centro América:

tiene la reputación de ser más honrado pero no menos inteligente que sus vecinos.—El pueblo costarricense no se toma el menor interés en la política, vota rara vez, y no parece importarle nada quién sea su gobernante.—Desde el año 1872 no ha habido una sola revolución en Costa Rica, y esta fué ocasionada por la rivalidad de dos casas banqueras inglesas que trataban de asegurarse un empréstito del Gobierno.

Las cárceles están vacías; las puertas de las casas casi nunca se truncan; las gentes son sobrias, cariñosas, viven en paz entre sí. El vicio nacional es la indolencia—*mañana* es la palabra que se pronuncia con más frecuencia que cualquiera otra de la lengua y significa "para después." Es un proverbio de que el costarricense descansa á la sombra del *árbol de mañana*, y esta es la causa de que el pueblo sea pobre y la nación se halle en bancarrota. (6)

Los recursos del país tanto agrícolas como mineralógicos, así como en el ramo de ganadería y madera, son numerosos, pero hasta ahora no se han explotado. Noventa por ciento de los naturales del país jamás ha salido del estrecho valle que los vió nacer (7); mientras que el Gobierno no ha hecho casi nada para fomentar la inmigración al país y procurar su desarrollo.

Tiene Costa Rica dos ferrocarriles, ambos

incompletos, y el dinero que se obtuvo para su construcción ha sido despilfarrado del modo más divertido posible.

En el año 1872 se determinó que el futuro bienestar de la República requería con urgencia que el único valle habitado del país debía ponerse en inmediata comunicación con los dos océanos; el Congreso ordenó se levantasen los planos y se hiciesen los estudios del caso.—Estos los prepararon ingenieros ingleses, quienes presentaron los perfiles de las rutas más ventajosas y junto con ellos el presupuesto de gastos. No teniendo el país dinero con que construirlos, debía hacerse un empréstito, y las dos casas banqueras, ambas manejadas por ingleses, con capitales ingleses, trataron de obtener el privilegio de la negociación.—El Presidente hizo la elección. El banquero chasqueado trató de hacerle la revolución al Gobierno con la mira de derrocar al Presidente y colocar otro en su lugar que desechara el contrato ajustado y reconociera sus aspiraciones. (8)

En los llanos del Guanacaste vivía un vaquero (9) llamado Tomás Guardia, que había adquirido fama de valiente, mandando una escuadra de caballería en una guerra con Nicaragua y se había dado á conocer en todo Centro América, por su habilidad natural, condiciones soldadescas y valor desesperado.

El banquero que no había podido meter el dedo en el pastel reunió algunas conspiradores y empleados desafectos del Gobierno existente, y se decidió mandar traer á Guardia á la capital para capitanear la revolución. Por medio de promesas pecuniarias, y con la oferta de hacerlo Comandante en Jefe de las fuerzas si la revolución se llevaba á efecto, el vaquero se comprometió á ser el cabecilla.—Juntó enseguida cien hombres de su clase, les dió cita en una hacienda de café de los alrededores de la ciudad, y en una noche de luna, llegó á la ciudad, sorprendió la guardia y la guarnición, capturó al comandante del ejército junto con todas sus tropas, tomó posesión de todas las oficinas del Gobierno y proclamó la ley marcial; como el ejército sólo se compone de 250 hombres, acostumbrados únicamente á hacer las veces de gendarmes y á presentarse en la parada, no fué hazaña dificultosa ni de gran osadía la ejecutada por el vaquero. (10) En seguida se procedió á encerrar en la cárcel á los oficiales capturados, y los que no pudieron refugiarse en los bosques, salieron del país.—Entre estos últimos se hallaba el "Presidente Constitucional," como generalmente se denomina á los Presidentes legalmente electos, para distinguirlos de los frecuentes "Presidentes de Pronunciamiento" "Jefes Militares," ó dictadores de sable.

Destronado de este modo el gobernante legítimo, se hizo Guardia proclamar Dictador militar, y reunió una Junta, compuesta de los hombres que se habían valido de él para derrocar al Gobierno. La junta se llevó á efecto con gran formalidad, y se leyó una proclama por la cual se informaba á la Nación que por causa de haberse ausentado el Presidente Constitucional del país sin haber designado quién había de sucederle en el mando, se hacía indispensable proceder al nombramiento de otro Jefe del Gobierno.—Al propio tiempo la junta tuvo buen cuidado en declarar á Guardia Jefe Provisorio hasta el día en que las elecciones se llevaran á efecto. Con este motivo el Presidente Provisorio tomó posesión del Palacio Nacional y del Poder Ejecutivo, juntó al pueblo en la plaza, les tomó juramento de adhesión, reorganizó las oficinas de Gobierno, y colocó á los vaqueros sus compañeros del Guanacaste.—El suegro del banquero ingles que había sugerido la revolución se hizo anunciar como candidato para la Presidencia, y se esperaba sería electo sin oposición.—Pero Guardia, que había ya probado las dulzuras del poder, decidió continuar mandando, y cautelosamente notificó á sus oficiales que él también se presentaba como candidato. Estos oficiales eran los jueces que habían de decidir en las elecciones: la indirecta

de Guardia fué suficiente para que comprendieran los electores sus intenciones; y al hacerse el escrutinio el día después de las elecciones, notaron los de la otra candidatura del banquero y los conspiradores sus amigos, con gran mortificación y sorpresa, que en vez de un instrumento tenían un amo; y el General Guardia fué declarado Presidente Constitucional por unanimidad de votos; de los 200,000 habitantes de la República sólo 2,000 habían hecho uso del sufragio.

Cuando el vaquero ascendió al poder, no sabía leer ni escribir.—Pero era hombre, no obstante, de grandes dotes naturales, mucho seso y laudable ambición. Tenía en sus venas sangre española é indígena, era enérgico, tan astuto como calmoso, y tenía algunas ideas de Gobierno; en todos conceptos era el hombre más notable, y en muchos, el caudillo más prominente que la pequeña Republica haya jamás producido. Guardia hizo pronto su aprendizaje, y escogió á los hombres más hábiles del país para sus consejeros. Durante su Gobierno la nación demostró más desarrollo que nunca, y en cuanto él pudo, introdujo y fomentó en el país el espíritu de moralidad política, la instrucción y la actividad comercial; estableció escuelas públicas y una universidad; puso á raya el dominio del clero; envió jóvenes al extranjero á estu-

diar la ciencia de gobierno; y conservó la paz al mismo tiempo que fomentó el bien del pueblo. Si hubiese sido tan prudente como era progresista, Costa Rica habría hecho rápidos adelantos hácia la civilización moderna; pero debido á los errores á que lo condujo su celo extraviado dejó el país en bancarrota. (11)

Los dos ferrocarriles fueron principiados por él. Según los cálculos de los ingenieros el costo total de construcción de las vías férreas de las dos líneas de vía estrecha, de San José al Limón, en la costa del Atlántico, y á Puntarenas en la costa del Pacífico, una línea continua de 160 millas, no debía costar más de \$6.000,000—\$37,500 la milla. La línea del Limón fué construida bajo la dirección de un hermano de Enrique Meiggs, el famoso prófugo de California (que huyó al Perú y vivió allí como un segundo Monte Cristo); pero la línea más corta de San José á Puntarenas, se emprendió bajo la supervisión del mismo Guardia, y por consiguiente los trabajos se condujeron de un modo estrambótico.

El material de toda clase necesario para la empresa tuvo que comprarse en Inglaterra y conducirlo alrededor del Cabo de Hornos á Puntarenas. Pero en vez de principiar allí los trabajos, el Presidente, que jamás había visto en su vida una locomotora, no quiso admitir con-

sejos de nadie, desechó todas las observaciones que se le hicieron, y mandó conducir todo el material al interior por los fragosos caminos de los montes en carretas y mulas. Esta empresa salió excesivamente dispendiosa y más difícil que la construcción del ferrocarril.—Pero la extraña idea de Guardia, tan opuesta al sentido común, no estaba desprovista del todo de fundamento, pues tenía por base una mezcla de motivos, no sólo de ignorancia y falta de experiencia, sino también de orgullo y precaución. El elemento conservador de la población, los hidalgos de sangre azul, así como los ignorantes é incrédulos peones, se oponían á cambiar su modo antiguo de ser, y en todas estas medidas de progreso sólo veían un elemento de desorden.—La rutina antigua de sus predecesores era para ellos bastante buena, pues había producido buenos resultados. También tenían cuantiosas sumas de dinero invertidas en carretas y bueyes para trasportar todas las importaciones en carretas, que siempre habían sido los vehículos más útiles de la República, y las personas interesadas en esta clase de tráfico reconocían que sus carretas y sus bueyes no tendrían empleo alguno después de construido el ferrocarril. Para oponerse á la construcción de la vía férrea organizaron los peones y carreteros una revolución, y amenazaron destruir la

vía y maquinaria. (12) Para apaciguar este sentimiento, dar empleo á los carreteros y contener tan hostiles intenciones se le ocurrió á Guardia la idea peregrina de trasportar á costa de inmensas sumas de dinero las locomotoras y demás material de la vía férrea hasta San José.— Los primeros carriles se colocaron en la capital por el Presidente en persona, con grandes demostraciones de solemnidad y se continuó activamente la obra hasta que se concluyó el dinero; y el Gobierno habiendo agotado también su crédito, por tan extraño procedimiento, no pudo obtener más fondos. El empréstito, que en circunstancias ordinarias habría sido suficiente para terminar la empresa, se gastó por completo antes de haber terminado cuarenta millas de ferrocarril, diez millas de las cuales correspondían á la línea entre Puntarenas y Esparta, la próxima aldea, y treinta entre San José y Alajuela, en la parte occidental del valle. Estas líneas las maneja actualmente el Gobierno, bajo la dirección de un ingeniero nacional, que jamás ha salido de las fronteras de su país, y nunca ha visto otro ferrocarril. Este hombre, no obstante, es inteligente y tiene conocimientos prácticos; y si se le permitiera seguir sus proyectos haría productivo el manejo de la línea.—Pero el Gobierno usa de ella como un instrumento político; emplea á gran

cantidad de gente inútil é incompetente, la mayor parte parientes y allegados de los políticos de influencia, conduce el flete y pasajeros á crédito, comete además otros muchos dislates de este género, por lo cual sólo produce anualmente un déficit considerable que se cubre imponiendo nuevas contribuciones al pueblo. Cada tren de tres carros, uno para equipajes y dos para pasajeros, necesita un servicio de trece personas, esto es, un ingeniero ó conductor que tiene la supervisión general del tren, un mecánico fogonero, dos receptores de boletas, dos guarda-frenos ó *brequeros* para cada carro y dos peones para manejar los equipajes y paquetería,—todos ellos visten charros uniformes; el conductor parece un general de brigada en vestido de gala. Los trenes de carga se conducen bajo el mismo sistema y con igual número de personas. A los fletadores se les concede de treinta á sesenta días para cubrir sus cuentas y los pasajeros conocidos de los agentes boleteros pueden procurarse billetes al crédito: concesiones muy de acuerdo con el sentimiento público del país de dejarlo todo para después—el sistema de mañana para todo, que empobrece á la República.

Millares de carreteros se emplean constantemente entre Alajuela y Esparza, términos de las líneas férreas, en conducir mercancías á la

altiplanicie central, y generalmente para hacer un viaje de treinta y cinco millas necesitan emplear toda una semana, muchas veces aun mucho más tiempo, porque en los días festivos de la Iglesia, que son muchos, suspenden sus viajes. El viajero que intenta embarcarse en Puntarenas debe mandar su equipaje una semana antes. En Alajuela deja el tren, monta en su mula, atraviesa las serranías hasta Atenas, y allí pasa la noche. La mañana siguiente, de madrugada, continúa el viaje, camina quince millas hasta San Mateo, almuerza á las once, duerme la siesta en una hamaca, camina diez millas y llega á Esparta al ponerse el sol; allí le sirven la comida y pasa la noche, permanece algún tiempo generalmente para evitar el calor de Puntarenas, continúa el viaje algunas horas antes de la salida del vapor,—y entonces, si las carretas han llegado con su equipaje, toma el tren hasta Puntarenas.

El viaje no es desagradable.—El panorama es agreste y pintoresco. Los caminos generalmente son buenos, excepto en la estación de sequía, en que el polvo es muy desagradable, y después de grandes aguaceros, por el lodo. Pero en los países tropicales la evaporación es muy rápida, y seis horas después de las lluvias los caminos se encuentran en buen estado para el tránsito. La incertidumbre de que

los baúles lleguen á tiempo hace que el viajero poco experimentado en las costumbres de estos países se ponga nervioso. Los carreteros costarricenses son los individuos más irresponsables é indiferentes en la superficie de la tierra. Viajan comunmente en grandes caravanas ó procesiones, y se ven con frecuencia filas de doscientas á trescientas carretas formando una sola línea.—Cuando á uno de ellos se le antoja pararse ó sufre algún contratiempo, todos los demás lo esperan aunque necesiten parar una semana. Ninguno emprende el camino antes de que todos sus compañeros estén listos, y sucede á veces que el camino se encuentra bloqueado por millas esperando se compongan la carreta ó carretas que hayan sufrido daños. Los bueyes son hermosos animales blancos, muy pacientes, enyugados por los ceurnos, y no del pescuezo, como es el estilo moderno, y los arrear con un látigo de vaqueta cruda. Casi nunca los desenyugan. La unión de ellos es un matrimonio permanente, en un país donde la ley de divorcio es desconocida. Los carreteros son tan corteses como indiferentes. Invariablemente se quitan el sombrero á un caballero cuando pasa cerca de ellos, con el saludo de: “la Virgen lo acompañe en su viaje.” Miles de pesos en oro se confía á esta gente y jamás falta un cen-



tavo.—Un banquero de San José me contó que todos los años recibía \$ 30,000 en dinero acuñado que semanalmente se le remitian durante la cosecha del café, por medio de estos carreteros, y consideraba estas sumas más seguras en sus manos que si el mismo las trajera, á pesar de que las caravanas permanecen de noche al aire libre en el camino todas las noches. Los salteadores son desconocidos; y los carreteros con sus jornales de treinta centavos, no sabrían qué uso se podría hacer del dinero robado, caso de apropiárselo. No obstante lo expuesto, siempre se consideran autorizados para robarle al viajero las correas de sus cofres, y no hay parte de su equipaje que corra más riesgo si no se aseguran éstas con clavos;—y aun entonces los carreteros las cortan con el cuchillo como para demostrar su venganza en tratar de despojarlos de artículos que ellos estiman como de su pertenencia.

Al caer el sol se liberta á los bueyes de su carga en el *tambo* ó *sesteo* más próximo y éstos con todo y carreta se colocan dentro de *galeras* provistas al efecto. En estos lugares se encuentran casas de juego y de bebida, con algunas mujeres disolutas para tentar y atraer á los carreteros.—La noche se pasa en holgorio, bailando ó cantando canciones peculiares de los naturales acompañadas con la marimba, instru-

mento nacional, que creemos no se halla en otro país

La marimba es un instrumento que se compone de veintiuna piezas de caña bambú partida á lo largo, de tamaños graduados, sujetas por dos barras acordadas como las teclas del piano, y alcanza tres octavas; debajo de cada una de las teclas va atada una calabaza sujeta con alambre á guisa de tablilla armónica, para dar consistencia y dulzura á los tonos. El marimbero coloca el instrumento sobre las rodillas y golpea las cañuelas con martillejos forrados en badana, generalmente dos en cada mano, para tocar cuatro notas á la vez, lo cual hace con gran habilidad.—He tenido ocasión de ver marimberos con tres martillejos en cada mano, y usarlos con tanto arte y destreza como el pianista toca las teclas del piano. Los tonos de la marimba son muy semejantes á los del *xilofón* que ha llegado á ser tan popular, pero la marimba tiene sonidos más claros y resonantes.—El instrumento se adapta admirablemente para cantar las arias nacionales, que son quejumbrosas pero agradables al oído. En todos los *sesteos* á donde paran los carreteros, hay marimbas, y cada caravana de carretas trae el músico que las ha de manejar.—Los viajeros aprovechan generalmente las horas frescas de la mañana y de la tarde para evitar el calor, y

es gran diversión parar en las bodegas á escuchar sus canciones, y verlos bailar con las ojinegras mozas descalzas.

Las mujeres de la clase inferior no usan ni zapatos ni sandalias; desde la niñez hasta la vejez andan descalzas; no obstante tienen los pies pequeños y de buenas formas y parecen muy bonitas con sus enaguas que les llegan poco abajo de las rodillas. Las mozas del campo son sencillas y en su traje nacional tienen cierta coquetería y gracia: el vestido consiste en enaguas, camisa de batista y del rebozo que les cubre la cabeza y las espaldas.—Las facciones de las mujeres son delicadas y regulares; sus dientes son perfectos; sus formas como no usan ni tontillos ni corsés, son graciosas y naturales; el escaso vestuario, sin mangas y que sólo les llega hasta los rodillas, descubre los cortornos del cuerpo, sin indicios de falta de modestia. Un vestido semejante en la mujer, en los Estados Unidos, provocaría la intervención de la policía; pero pronto se acostumbra el viajero á ver brazos, cuellos y piernas descubiertas, y se convence que estas criaturas inocentes guardan su castidad con tanto celo como sus hermanas del Norte, donde la moda les prohíbe presentar á los ojos del público sus atractivos naturales fuera del baile ó de los baños de mar. Las señoras de la aristocracia visten á

la francesa, pero el uso de sombreros ó gorras es casi desconocido.—Casi nunca abandonan el hogar excepto para ir á misa, y al entrar al templo tienen que cubrirse la cabeza. No hay en todo el país una sola tienda de modistas.—Todas las mujeres usan rebozo, de un tejido de seda ó de algodón, conforme á sus facultades y rango; y no se considera decoroso descubrirse la cabeza en público; con el rebozo se cubren la cara y á veces sólo se les ven sus ojos encantadores; y hacen muy bien en taparse la cara, porque se la embadurnan con una composición de magnesia y de claras de huevo, que les da el aspecto de fantasmas, les tapa su cutis natural, y les destruye la suavidad y pureza de la epidermis. Este menjurje lo renuevan con frecuentes intervalos, y nunca se lo lavan (13).—También es cierto que existe una aversión popular al baño.—Los viajeros del país no se lavan la cara nunca antes de que hayan trascurrido algunos días, particularmente si regresan de las costas ó bajan de las altiplanicies, pues tienen por seguro que la apertura de los poros les ha de acarrear una fiebre.

Viajando un día caluroso en un camino sumamente empolvado desmonté á la orilla de un riachuelo, espumoso y de aguas límpidas, me arrollé las mangas de la camisa y comencé á lavarme la cabeza, la cara y los brazos. El guía

que me acompañaba exclamó: ¡caramba-señor!—*deje eso*, tratando de separarme, espantado, del riachuelo. Cuando le supliqué me diese una explicación de tan extraña conducta, me rogó que por amor á la Virgen no me lavara la cara, pues seguramente tendría calentura el día siguiente.—Yo me sonreí de la advertencia, y continué lavándome, mientras que él me seguía mirando de un modo tan solemne como si hubiese yo tratado de suicidarme. Una hora después todavía hacía votos á la Virgen y al santo de su nombre para que intercedieran en mi favor y me librasen de una calentura; y estoy seguro que aun hoy día cree me he salvado debido únicamente á la eficacia de sus oraciones. Después de lo ocurrido me aconsejaba debía hacer una promesa á los santos por mi escape milagroso.

No obstante, lo expuesto el que creyere que los habitantes de esta pequeña República son toscos, sin maneras ó sin educación se equivocaría grandemente; pues son tan inteligentes como podemos serlo nosotros mismos, y aunque la educación no está tan propagada en las masas como en los Estados Unidos, las familias principales de Costa Rica son tan instruidas como las nuestras. Y de seguro nos superan en el trato social, en la gracia para expresarse en conversación, en conocimientos lingüísticos y otros adornos de la buena educación. Son más



perspicaces que nosotros y observan con más cuidado los preceptos de la urbanidad: hablan, por lo general, una ó dos lenguas extranjeras, además del castellano, con soltura, y son muy dados á la música y á las artes. Jamás la dama ni el caballero costarricense demuestran corteidad en el trato social; siempre saben manejarse con decoro, y expresar sus ideas con urbana oportunidad; y aunque algunas veces sus frases no sean exactamente sinceras, son, no obstante, excesivamente hospitalarios y agradabilísimos compañeros. Tanto en el comercio como en la sociedad la cortesía es universal: en las tiendas así como en las oficinas se atiende á todo el mundo con la misma afabilidad que en los salones, y el mismo respeto guardan todas las castas. Ningún artesano pasa al lado de una señora en la calle sin rendir respetuosamente el sombrero; y á todo caballero lo saludan atentamente, ya sea su conocido ó bien sea extranjero: en los distritos rurales á cualquier persona que encuentran la saludan con las siguientes palabras: "*Que la Virgen lo acompañe*"!—"Dios lo lleve con bien"!—"¡*Que el santo de su nombre lo libre de mal*"! Puede suceder que no les importe un bledo que uno llegue ó nó al fin de su destino, ó que le importe tanto un pasajero como las pulgas de su levita, pues si uno les pregunta qué distancia hay al próximo lugar, in-

variabilmente le contestan con un embuste; pero de seguro añadirán la hermosa frase acostumbrada en el país, de: “¡Dios lo acompañe!”—en calidad de bendición.

Mantiene el Gobierno una buena Universidad en San José, bajo la dirección del Doctor Juan Ferraz, y ha establecido el sistema de escuelas graduadas, bajo la dirección del Ministro de Instrucción Pública que es miembro del Gabinete. La instrucción primaria es forzosa y la ley exige la asistencia de los niños á las escuelas desde la edad de ocho años hasta los catorce; y se hacen efectivas estas disposiciones, excepto en los distritos escasamente poblados donde la escuela se halla situada á gran distancia.—Los padres que colocan sus hijos en las escuelas privadas, ó no quieren ponerlos en la escuela pública, están sujetos á una multa muy fuerte que ingresa en los fondos destinados á la instrucción. También existe un impuesto de capitación para ayudar á los gastos de la educación primaria. Las escuelas están completamente libres de toda influencia sectaria ó religiosa. Y á decir la verdad, tanto el Ministro de Instrucción Pública como el Director de la Universidad pertenecen á la escuela materialista alemana, hácia la cual se encaminan los hombres de educación en estos países cuando abandonan á la madre Iglesia; pues no les queda

otro recurso. Los protestantes tienen en San José una capillita donde se recita el servicio de la Iglesia Anglicana, se cantan himnos y se lee un sermón de algún libro por algún miembro laico de la congregación; pues la grey es demasiado escasa para sostener un pastor, y ninguna de las sociedades religiosas de Inglaterra ó de América parece haber querido aprovechar la oportunidad de tomar el campo.

Durante la administración del Presidente Guardia se adoptó un artículo constitucional por el cual se separa la Iglesia del Estado.— Los frailes y monjas fueron arrojados del país, los conventos confiscados y se dictaron leyes que coartaron su influencia y prerrogativas. En 1884, pocos meses antes de su muerte, el Presidente Fernández desterró del país al Arzobispo. Este prelado pretendía ingerirse en el manejo de la Universidad, y que se le diese parte de los fondos públicos para el establecimiento de un Seminario Católico. Con este motivo ocurrió un altercado violento, y cuando el Arzobispo salió de la mansión Presidencial, amenazó con la iras de la excomunión de Roma.— Fernández supo que su Señoría intentaba hacerle una revolución, y por este motivo le envió el pasaporte junto con un piquete de soldados para que lo condujeran hasta la costa y lo embarcaran fuera del país, y hasta el día

no se le ha permitido regresar. El confesionario está abierto al público por ley, y se prohíbe á los clérigos usar sus vestiduras en las calles. (14) Pero estas leyes no se llevan á efecto; no obstante la hostilidad del Gobierno, la devoción de las masas á la Iglesia es tan grande como en cualquier otro país católico. Las familias inteligentes, sin embargo, demuestran poco apego á la religión de sus antecesores, y la próxima generación presenciara, sin duda, la desaparición de la influencia clerical. Los hombres de negocios y los dedicados á profesiones jamás van á misa, y abandonan el cumplimiento de sus deberes religiosos á sus esposas, hijas y criados. A las personas de inteligencia jamás se les ve dentro de la Iglesia, excepto en ocasiones de ceremonia, ó para concurrir á funerales. Pero las mujeres invariablemente van á misa todas las mañanas.

Un espectáculo curioso y familiar es una procesión del Viático. Cuando alguna persona se halla próxima á morir se llama á un cura para sacramentarla. Éste acude, no en silencio y recogido, como ministro de gracia y consuelo, sino acompañado de una banda de instrumentos de viento, si la familia es bastante acomodada para pagar el gasto (pues el clérigo recibe una comisión muy liberal como su legítima parte en el negocio), ó si son pobres, el clé-



rigo acompañado de algunos muchachos tocando campanillas y cantando himnos. Tras la banda ó de los muchachos campanilleros van dos acólitos, uno con el crucifijo y el otro con el incensario. Sigue dentro de un cajón de madera, cubierto bajo un palio y conducido á hombros por cuatro hombres el clérigo, vestido con sus vestiduras sacramentales, llevando en la mano cubierta con un paño la Hostia, emblema del cuerpo de Cristo. Los transeuntes en la calle se arrodillan al encontrarse la procesión, y luego continúan en el cortejo: al llegar á la casa del agonizante, la banda y los campanilleros permanecen en la puerta de la casa armando el mayor alboroto posible, mientras el clérigo seguido de un séquito de gentuza, penetra en el cuarto de los enfermos, administra los sacramentos y confiesa á los agonizantes.— En seguida regresa la procesión á la Iglesia de donde salió armando la misma alaraca. Tanto de ida como de vuelta á la casa del enfermo la banda y los campanilleros siguen tocando, y cuantos hombres, mujeres ó niños acompañan la procesión se arrodillan, sea en la calle ó dentro de sus casas, á rezar por el reposo del alma que se va. (15)

En los funerales se emplea gran ceremonia. Se avisan en la paredes de las calles, como las subastas públicas, junto con los carteles

de teatro, y se reparten convites impresos á todos los conocidos del difunto para que concurren al entierro. Los clérigos cobran caro por concurrir á las ceremonias y en proporción á los bienes de la familia; y cuando son muy pobres salen los dolientes á las calles á mendigar el dinero para pagar la ceremonia religiosa. El espectáculo de ver á una persona buena y sana solicitando una contribución para pagar el entierro de su esposa ó de un niño es muy común, y también es muy frecuente ver á un padre que lleva en los brazos al cementerio el ataúd de su niño, por no tener con que pagar las ceremonias religiosas al clérigo, ni á un cochero la conducción al cementerio.

Se explica el número considerable de nacimientos ilegítimos, no sólo por falta de moralidad sino también por la suma exorbitante que exigen los clérigos para efectuar las ceremonias del matrimonio. El Gobierno por desgracia aun no ha establecido el rito civil, como ya se acostumbra en varios otros Estados hispano-americanos. El pobre peón necesita guardar su salario durante tres meses para poder pagar al clérigo los gastos de sus nupcias.

El Gobierno de Costa Rica lo forman un Presidente, dos Vice-Presidentes, nombrados por el Presidente, y llevan el título de Primero y Segundo designados. Estos tienen la facultad

de reemplazar al Presidente en su ausencia ó en caso de muerte ó de inhabilidad, y son responsables de su conducta oficial.

Hay un Congreso, consistente de un Senado de doce miembros, y una Cámara de Diputados de veinticuatro, electos cada dos años, como en los Estados Unidos. También hay un Consejo de seis miembros, que el Presidente elige dentro de los Diputados del Congreso, el cual forma como especie de Gabinete y de Corte Suprema, combinados.

Estos se instalan en sesión perpetua; tienen el poder de revisar las decisiones de las Cortes de Justicia, pueden anularlas ó confirmarlas y emitir decretos que tienen fuerza de ley, hasta la próxima reunión del Congreso, revisar las cuentas de la Tesorería y de emitir otras disposiciones importantes. Los actos de este Consejo debe confirmarlos el Congreso, y se supone que debe servir para contrarrestar los avances de la Judicatura contra el Presidente. El Presidente tiene su Gabinete de dos miembros nombrados por él, y generalmente son estos los dos Designados. A uno de ellos se le asigna el cuidado de las Relaciones Exteriores y las rentas del Gobierno; mientras que al otro, corresponde el ejército, la Educación Pública y otros asuntos del Gobierno interior. (16)

El sucesor del famoso Presidente vaquero

Guardia fué su cuñado, el General Próspero Fernández, uno de sus tenientes en la revolución que lo elevó al poder, y á quien después le encargó la Comandancia en Jefe del ejército de 250 hombres, cuando Guardia se puso á la cabeza del Gobierno.—Era Fernández de buena apariencia, pero de lenta percepción y adormecidas facultades mentales: la mayor parte del tiempo la pasaba en su hacienda, y mientras tanto abandonaba los asuntos de Estado al cuidado de sus Secretarios, don Jesús M.^a Castro y don Bernardo de Soto. (*) Fernández murió antes de concluir su período, en la primavera de 1885; y le sucedió en el poder De Soto, un joven de quien mucho se espera. Fué el niño mimado de Guardia, y después de graduarse en la Universidad de San José se le envió á Europa á concluir sus estudios, y por el trato de los hombres en el mundo así como por medio de sus libros, se ha hecho acreedor á suceder á su patrón en la silla presidencial. Pero Guardia murió antes de que De Soto tuviese la edad para ser electo Presidente, y por esta razón Fernández tomó el lugar mientras tanto. Pero siempre se consideró como un albacea ó guardián del testamento de Guardia, y nombró al joven que sólo tenía entonces la edad de veintisiete

(*) Don José María Castro y don Bernardo Soto.

años, su Ministro de Guerra, Instrucción y Obras Públicas. Cuando murió Fernández asumió De Soto la Presidencia, como si hubiese heredado la corona, pues no se presentó otro candidato. El Presidente ya ha cumplido sus treinta años y se ha captado el respeto y la confianza del pueblo. (17)

Fué Costa Rica el primero de los países descubiertos en este continente, pero del que menos noticia se ha tenido en cuanto á sus recursos. (18) La cordillera de los Andes atraviesa la República del Noroeste al Sudeste. Al Sur de Cartago se divide en dos ramales, uno que corre por la costa del Pacífico y el otro se extiende hácia el Atlántico, hasta morir á orillas del Lago de Nicaragua. Estos ramales no sólo contienen ricos valles, entre los cuales se encuentra el principal que es el de San José, sino que también en las pendientes de ambos lados de las montañas se encuentran extensos terrenos cultivados, de sorprendente fertilidad. Hácia las costas se extienden inmensas selvas vírgenes y llanurás de más ó menos extensión, escasamente cultivadas á causa de la fiebre malaria que allí se respira. La costa del Pacífico es más sana y está más poblada.—Una gran llanura cubre la parte Norte de la República, donde se cría mucho ganado y que se extiende hasta la frontera de Nicaragua. Hácia el Noroestese en-

cuentra un extenso bosque ocupado por indios nómades: en estos bosques se hallan valiosas maderas de construcción.

Lo que el país necesita con más urgencia es de empresarios y capital, que sólo puede procurarse fomentando la inmigración. La población ha aumentado bastante durante los últimos cincuenta años: pero este aumento se debe por completo á causas naturales; pues más son las personas que han emigrado que las que han inmigrado al país. Por muchos años no se ha hecho el menor esfuerzo para fomentar la inmigración, y hasta estos últimos tiempos no se ha pensado en llamar al extranjero á establecerse en la República. Este sentimiento egoísta, no obstante, ha desaparecido, y hoy día es general el deseo de hacer algo para importar capitales y brazos.

Los principales productos del país son: café, maíz, azúcar, cacao, bananos y otros productos tropicales; pero sólo el café y los bananos se exportan en grandes cantidades. El aumento de las cosechas de café ha sido muy grande; el producto en el año de 1850 sólo llegó á 14.000.000 de libras, mientras que el exportado en 1884 montó á más de 40.000,000 de libras. La calidad se estima ser igual á la mejor del mundo, y el árbol produce más en proporción que en cualquiera otro país. In-

glaterra y Francia importan la mayor parte de la cosecha; las importaciones á los Estados Unidos sólo alcanzaron á 8.500,000 libras en 1884. Las tierras baldías, casi se puede decir que son libres, pues el Gobierno las vende á un precio nominal por hectáreas y concede largos plazos para el pago. Ya son numerosos los inmigrantes de los Estados Unidos y de las Antillas que tienen tierras cultivadas en ambos lados del camino oriental que ha de unir el Limón, en el Atlántico, con el interior. (19)



NOTAS.



(1.º)

¿En qué concepto es Costa Rica la más pequeña de las Repúblicas del Continente? Si por su extensión territorial, creemos serlo la del Salvador: si por el número de habitantes, todavía no se ha averiguado si Nicaragua está hoy día más poblado que Costa Rica. Allí jamás se ha levantado, que sepamos, un censo formal, y aunque antiguamente aquella región estaba densamente poblada por la raza aborígena, ésta ha ido desapareciendo con rapidez extraordinaria. El señor Lévy habla de un censo que allí se intentó á fines del año de 1867, el cual dió por resultado 153,000 habitantes, y en su bien escrita y concienzuda publicación expone las razones y motivos por que esa cifra fué elevada caprichosamente á un número mayor.

Veamos sino lo que dice el ilustrado escritor Paul Lévy en sus "Notas Geográficas y Económicas sobre la República de Nicaragua," edición de 1873.

"En fin, en 1867, se levantó un censo cuyos materiales he tenido en mis manos: es una lista por cantones, de los habitantes de cada departamento; cada uno con su nombre y apellido, edad, sexo y profesión.

Hé aquí el resultado de dicho censo en cifras redondas:

Departamento de Granada.....	22,000
Id. „ León.....	26,000
Id. „ Rivas.....	15,000

Id.	,,	Chinandega	13,000
Id.	,,	Chontales.....	18,000
Id.	,,	Matagalpa	21,000
Id.	,,	Segovia.....	18,000
			<hr/>
TOTAL.....			153,000
			<hr/>

Probablemente que este total pareció irrisorio al Gobierno, porque, apenas habían sido centralizadas, en el Ministerio de Gobernación, las listas respectivas de cada Prefecto, cuando la Gaceta Oficial publicó la estadística siguiente, en que los números anteriores aparecían singularmente exagerados:

Departamento de	Granada.....	70,000	
Id.	,,	León.....	43,000
Id.	,,	Rivas.....	25,000
Id.	,,	Chinandega.....	25,000
Id.	,,	Chontales.....	30,000
Id.	,,	Matagalpa.....	35,000
Id.	,,	Segovia.....	30,000
		<hr/>	
TOTAL.....		258,000	
		<hr/>	

Semejante error de 100,000 habitantes, sobre menos de 300,000, no puede admitirse; los agentes encargados en 1867 de establecer la lista nominativa de que he hablado más arriba, no han podido llevar la negligencia hasta olvidar más de la tercera parte de los habitantes.— Es cierto, sin embargo, que las ocasiones y probabilidades de olvido, error, omisión, etc.... son muy numerosas: muchas familias pobres viven aisladas en los bosques y despoblados, para escapar á los pequeños abusos de las autoridades de los pueblos y al servicio militar; de modo que es muy difícil que puedan alistarse todas en un censo; es cierto también que los agentes encargados de

formar las listas parciales carecen de experiencia y de conocimientos especiales, y que además no se les ha podido subvencionar con las cantidades suficientes, para que obrasen concienzudamente; es cierto, en fin, que muchas familias disimulan su efectivo real, por temor de algún impuesto, ó por cualquiera otra aprehensión, etc.

Pero, si todos esos motivos hacen sospechar el total de 153,000 ¿habrá alguna razón para aumentarlo más de 100,000, es decir, de 475? evidentemente no, tanto más que mis informes particulares me permiten avanzar que muchos prefectos habían exagerado ya las listas de sus agentes, teniendo en cuenta las consideraciones que presentamos más arriba, como causas de errores etc."

No creemos tampoco que Costa Rica sea la más pequeña en otras condiciones en que la pequeñez numérica ó la territorial no deben tomarse en cuenta exclusivamente para calcular la grandeza ó pequeñez relativas de un país cualquiera, respecto á otros. Costa Rica es relativamente superior á casi todas las Repúblicas Centro y Sud Americanas, y aun á México mismo, en la unidad de su raza, como lo han reconocido todos los viajeros que la han visitado; y es superior relativamente también, en cuanto à sus consumos y producciones.

(2^a)

Grande injusticia nos parece calificar de avarienta y codiciosa, á la ilustre Soberana protectora de Colón: sus altísimas virtudes la ponen á cubierto de esta imputación. La historia dice otra cosa, y la cubre con su sagrado manto, colocándola entre las grandes figuras de los siglos XV y XVI.

¿Y qué diremos del *carnaval de saqueo y de matan-*

za que duró tres siglos?—El descubrimiento, conquista y población de América forman la más grande y gloriosa epopeya de todos los siglos y de todas las naciones:—la madre España, por sólo esta empresa gigantesca se colocó á mayor altura que todos los demás pueblos de la tierra. ¿Fué acaso este hecho único y colosal, como el de las conquistas mercantiles británicas en las Indias Orientales? ¡Qué diferencia!—Y las sangrientas orgías de la Roma de los Césares, y del corrompido Imperio Bizantino; y las asoladoras conquistas de la Edad Media, elevadas á derecho; y los carnavales de la Inquisición y de la Reforma, con sus Torquemadas, sus Enriques é Isabelas de Inglaterra; y la carnicería de los Streliz, y muchísimos otros cuadros de sangre, violencia y muerte, que están grabados en las páginas de bronce de la historia, con caracteres, que ni el tiempo, ni el poder del hombre pueden borrar; y actualmente la *cacería* de Apaches, y de otros aborígenes; ¿no son acaso mil veces más crueles, odiosas é inexcusables, que las cometidas por los conquistadores del mundo de Colón?—Por lo demás, nos referimos, entre otros, á los ilustres escritores Macaulay y H. H. Bancroft, imparciales y nada sospechosos para el señor Curtis:—allí se juzga de otro modo á la España y á los españoles del siglo XVI.

(3^o)

¿Qué diéramos por que este dato fuese verdadero?—¿De dónde ha sacado el señor Curtis tal hecho?—En vano evocamos nuestros recuerdos sobre las primitivas reseñas del cuarto viaje de Colón: en vano buscamos en las admirables páginas de Washington Irving, de H. H. Bancroft y de otros tal suceso, que hay que relegar á la poé-

tica imaginación del autor del artículo; ó es forzoso suplicarle nos revele la fuente de donde ha sacado un dato de tanta importancia.—Es probable que el gran navegante desembarcase en algún punto del extenso litoral que entonces descubrió; pero desgraciadamente esto no puede aseverarse.—Ha pocos años se suscitó una lid histórica entre don José Milla y don M. A. Soto sobre si Colón desembarcó ó nó, cerca de Punta Caxinas, en el lugar llamado después puerto Trujillo, y á pesar de la erudición histórica desplegada por uno y otro escritor, nos hemos quedado en la misma incertidumbre hasta el día de hoy.

En ese cuarto viaje, el Almirante, postrado por la edad y las enfermedades, trajo consigo á su hermano Bartolomé, con el título de Adelantado, y á su propio hijo Fernando, muy joven aún. El Adelantado desembarcó en varios puntos del litoral; pero no el anciano Almirante, abandonado casi por sus fuerzas corporales, y viviendo sólo de sus ensueños, y del espíritu que lo animaba.

Honor insigne cupo á esta tierra de promisión:—tres Colones la descubrieron y admiraron los primeros, Cristóbal, Bartolomé y Fernando: los dos últimos marcándola con sus ilustres huellas; permaneciendo otra vez ignota, por el largo espacio de 35 años, hasta que Calero, Machuca, Hernán Sánchez de Badajoz y Diego Gutiérrez exploraron sus costas orientales, penetrando, tres de ellos, algunas leguas en su territorio.

Creemos descubrir el error en que incurrió el señor Curtis, en la circunstancia de mencionarse en las reseñas del cuarto viaje, que al pasar por la costa conocida después con el nombre de “Costa de Mosquitos,” encontraron un grupo de pequeñas islas en donde se criaba en abundancia un árbol parecido al del limonero, á cuyo grupo dieron aquellos navegantes el nombre de “Los Li-

mones.”—Sin embargo, el delicioso lugar en que Colón hizo anclar sus naves el 17 de setiembre de 1502, entre una isleta y el continente, y que él llamó “La Huerta,” cerca del cual había un pueblo llamado “Cariari,” bajo cuya denominación fué conocida por algún tiempo aquella costa, bien puede ser “El Tortuguero,” “Suerre,” “Matina” ó “Moin.” En cuanto á San Juan del Norte, no corresponden á él, ni la amenidad descrita, ni la vista de altas montañas próximas, ni otros caracteres de los señalados en las descripciones del cuarto viaje; y dado el poco tiempo empleado desde Cariari á Caríbaro (Bahía del Almirante), y la distancia de veintidós leguas próximamente, entonces computada, creemos no estar en error, al señalar, como lo hemos hecho, los puntos arriba indicados como el lugar á donde arribó el ilustre Almirante.

Repetimos que ni el Limón ni San Juan pueden ser el lugar á donde arribó Colón; porque en el primero, además de estar la isla de la Uvita á alguna distancia de la costa, en ésta no hay ningún gran río próximo al puerto, circunstancia importante que debe tomarse en cuenta; y en cuanto al segundo, además de las razones antes expuestas, debemos considerar que el Almirante ó su hermano, el Adelantado, no hubieran dejado desapercibido el majestuoso río que después se llamó “El Desaguadero” ó río “San Juan.” Si intentaron reconocer el gran curso de aguas en la hoy costa de Mosquitos, al cual se dió el nombre de río “del Desastre,” y los varios que fueron reconocidos entonces en la costa de la que después se llamó “Veragua,” no hubieran por cierto dejado desapercibido, como hemos dicho, el “San Juan.”

Para mayor corroboración de lo expuesto, citaremos unas pocas líneas del célebre cronista Herrera en su libro V Década I “*Domingo á 17 de setiembre, fueron á dar fondo á una Isleta, llamada Quiribiri, i en un pueblo en*

la Tierra Firme, llamado Cariari, adonde hallaron la mejor Gente, Tierra y Estancia, que hasta allí habían hallado, por la hermosura de los cerros, i sierras, i frescura de los ríos, i arboledas, que se iban al cielo de altas, i la Isleta era verde, fresquísima, llena de grandes Florestas, i está de el Pueblo Cariari una Legua pequeña: el Pueblo está junto á un grandísimo río, adonde concurrió infinita gente, con Arcos, Flechas, Dardos i Macanas, mostrando estar aparejados para defender su tierra. Los Hombres traían los cabellos trençados, rebueltos á la cabeza: Las mujeres cortos, como los traían los castellanos entonces &c. Washington Irving (Vida y viajes de Cristóbal Colón) fija el 25 de setiembre como fecha del arribo de Colón á Cariari; pero creemos más segura la del Domingo 17 del mismo mes, fijada por Herrera.

Anticipándonos á una observación que pudiera hacérsenos, sobre el lugar ó lugares en donde fijamos á Cariari, diremos: que aunque allí no hay propiamente isleta, existen espacios más ó menos extensos, que parecen serlo, formados por las aguas de los ríos, antes de confundirse con las de la mar; así vemos, por ejemplo, que el Tortuguero y el Reventazón se comunican entre sí por unas de esas especies de lagunas interiores, profundas y de apacibles aguas.

Terminaremos recordando: que Suerre fué el puerto á donde arribó Diego Gutiérrez con su expedición, y desde donde emprendió su desastrado reconocimiento al interior. En tiempos posteriores fué ésta la salida más frecuentada de esta provincia, hasta fines del siglo antepasado en que comenzó á abandonarse. Thomas Gage habla de este puerto en la relación de sus viajes.

Esto no obstante, Moin se lleva las mayores probabilidades de ser el risueño y privilegiado lugar de nuestras costas del Atlántico, descubierto y frecuentado, desde el diez y siete de setiembre al cinco de octubre, por los

tres Colones.—Las palizadas y otros obstáculos que cierran hoy su entrada, semejante á la de un gran río, y que Carrillo ordenó remover;—el tranquilo y extenso depósito de aguas, que media entre su costa y la porción de tierra, semejante á una isleta que lo separa del mar, y en donde la carena y reparación de naves podía hacerse cómodamente, y otras señales características de aquella localidad, lo mismo que su distancia á la Bahía del Almirante, no dejan casi duda de ser aquella “La Huerta de Cariari.”

(4ª)

¡Ocho volcanes *por lo menos*, y á la vista desde los tejados de San José!—Esto es demasiado: en todo el territorio de la República no hay tantos como los que enumera el señor Curtis; pues no pasan de seis, de los cuales dos, el Irazú y Barba, no dan señales de actividad desde hace muchos años, y tres están fuera del alcance de la vista, no ya desde los tejados, sino desde las torres de San José. A la exaltada imaginación del viajero deben de haber aparecido como volcanes la mayor parte de las eminencias que coronan las cordilleras Norte y Sur, que limitan el valle en donde está construida esta ciudad:—no de otro modo puede explicarse este error.

En cuanto á la descripción de catástrofes, lavas candentes, convulsiones plutónicas formidables etc.; todo esto está muy bien escrito; pero es más fantástico que real. En Costa Rica tiembla muchísimo menos que en el Salvador y Guatemala, y que en otros territorios volcánicos de América, y nuestra historia de cerca de tres siglos y medio, sólo recuerda cuatro grandes terremotos, incluido el de siete de mayo de mil ochocientos veinti-

dós, que bien visto, no merece tal nombre. Además los efectos de éstos no se han extendido á mayor distancia de un radio de siete leguas, habiendo sido en el resto del país poco sensibles é inofensivos.

(5^a)

Jamás ha existido convento ó monasterio en San Jos;é y en Costa Rica ¡cosa rara en España y sus dominios! sólo existió uno de Franciscanos en Cartago, extinguido por sí sólo por falta de adeptos cuando ocurrió la independencia. El de Esparza no llegó á formalizarse, ni merece tal nombre; y aunque el año de 1741 fué cedida la Iglesia y Sacristía de la Soledad y una sala adyacente, bajo ciertas restricciones, á Fray Antonio de Andrade y á los PP. Misioneros llegados entonces para continuar la conquista de Talamanca, éste fué, no un convento, sino un asilo pasajero y un hospicio para el descanso y curación de los Padres. Cuando el Obispo Tristán resolvió fundar el primer hospital en Costa Rica, en su memorable visita del año 1782, entonces el Hospicio de los Misioneros fué trasladado al pueblo de Orosí. Así pues, podemos asegurar, que Costa Rica fué uno de los pocos países en el mundo, que se vió libre de instituciones monásticas.

(6^a)

El escritor colma al pueblo de Costa Rica de elogios que bien merece; reconoce las principales cualidades que lo distinguen; y después de consignar que es el más industrioso de los del resto de Centro América, se contra-

dice pocas líneas adelante, diciendo: “*que el vicio nacional es la indolencia.*” Más hubiéramos agradecido al señor Curtis, que haciendo entera omisión de sus favorables apreciaciones sobre el carácter nacional de los costarricenses, les hubiese reconocido la más relevante virtud que los distingue, y que hasta ahora nadie les había negado, á saber: su activa, su constante, su nunca desmentida laboriosidad. Pocos de los pueblos que habitan la tierra pueden compararse á este puñado de doscientos mil habitantes, que han rivalizado y rivalizan en actividad, en energía y en industria, con naciones que cuentan su vida por centurias, y con países de mayor población y adelantos. Y si nó, dígalo la estadística de su comercio, la de sus productos y consumos, la de sus vías de comunicación y de sus progresos industriales; dígalo también el extraordinario movimiento de la propiedad rústica y urbana. Un país apático é indolente, un país en donde “*se descansa siempre á la sombra del árbol de mañana,*” no hubiera podido realizar las maravillas que realiza, á pesar de su pequeñez; ni podría enorgullecerse, como se enorgullece, de su prosperidad y de sus adelantos; ni presentaría el lisonjero cuadro que de él ofrece el señor Curtis en algunas de sus páginas.

Vistos los conceptos favorabilísimos que el distinguido viajero formó de este pequeño país, y su acreditada ingenuidad, quisiéramos creer que fué un *lapsus calami*, la errónea apreciación de que nos hemos ocupado.

Erróneo igualmente y por las razones arriba anotadas, es el concepto de que *la indolencia sea la causa de la pobreza del pueblo y de la bancarrota nacional.* El pueblo costarricense, y este es un hecho público y palpable, es en su generalidad relativamente, uno de los más ricos que habitan la tierra: aquí no hay proletarios, sino en cortísimo número, y eso porque lo quieren ser: la verdadera miseria y la destitución absoluta de medios de sub-

sistencia, son desconocidas: las fortunas están más niveladas que en otros países; y la propiedad y el bienestar mejor diseminados.

En cuanto á la *bancarrota nacional*, nunca ha llegado á ser como en otros países, efectiva, ni un hecho consumado:—jamás ha repudiado Costa Rica sus deudas, ni rechazado sus compromisos, como ha sucedido en ciertos países opulentos y grandes, que por respeto no nombramos.—Mala administración de las rentas públicas hace pocos años; malos cálculos financieros; y sobre todo, los fraudes perpetrados en Inglaterra con los dos empréstitos que allí se levantaron para obras públicas, y no para pagar deudas, ni para salir de apuros, fueron la causa de grandes conflictos del Erario Público.—Mas, durante la Administración constitucional del General don Próspero Fernández y en la actual, no solamente se ha salvado por completo la gran deuda interior, sin perjuicio de las atenciones ordinarias y extraordinarias del servicio público, sino también se ha arreglado satisfactoriamente la deuda exterior.

Ademas, el crédito nacional se ha restablecido; grandes sumas se han empleado y emplean en obras y en mejoras de utilidad pública de toda clase, y la empresa del ferrocarril al Atlántico adelanta rápidamente, encontrándose ya todo su costoso material en el puerto de Limón.

Finalmente, sobre el crédito público de Costa Rica, nos remitimos á las publicaciones bursátiles de Inglaterra, en las que el señor Curtis puede imponerse de la cotización de los bonos de la República en *bancarrota*. “El Economista Americano” de Nueva York, en su revista financiera de agosto próximo pasado, trae datos interesantes sobre el crédito de casi todas las Repúblicas americanas, y allí puede verse por los escritores de aquel país, que á excepción del Uruguay, cuyo papel de crédito rinde un 8-77 por ciento á sus tenedores, ningún otro pro-

duce mayor interés que el de Costa Rica, cuyo tipo de beneficio alcanza al 7-81 por ciento.

Todos estos son hechos públicos y notorios, tan claros como la luz del medio día; y no elucubraciones fantásticas, que hieren los intereses y el amor propio nacional, no en su vanidad, sino en notable perjuicio de uno y otro fuera del país.

(17^a)

No debemos tampoco pasar en silencio el error cometido al aseverar: “que el noventa por ciento de los naturales del país, nunca han salido del estrecho valle en que nacieron.” Creemos poder asegurar, sin temor de ser contradichos, que no pasa del treinta y cinco por ciento el número de pobladores, que no conozca, por lo menos, las playas del mar Pacífico; y que en pocos países viajan tanto al extranjero las familias principales y las de la clase media.—Gran número de jóvenes han viajado en Europa y en los Estados Unidos de N. A. y muchos son los que han estudiado en sus escuelas y Universidades.

Aquí debemos también deplorar, no el error, sino la equivocación que sufrió sin duda el señor Curtis en el grabado que representa *el peón* costarricense: y decimos equivocación, porque ese tipo jamás lo hemos visto ni puede verse en este país. El de los marimberos es más exacto y aproximado al tipo de la gente del pueblo, ó de los campos; pero el del peón sólo recordamos haberlo visto, y de seguro se encuentra en algunos pueblos indígenas de Guatemala. Sin duda el señor Curtis cambió inadvertidamente los croquis ó dibujos tomados por él en su extensa excursión en estos países. Nuestra raza es mejor en su mayoría, menos mezclada que la de otros pueblos de América, aproximándose mucho á la españo-

la, de cuya mezcla con la indígena pura, vienen los signos típicos que la caracterizan.

(8^a)

Deploramos igualmente que el entendido escritor al hablar de ferrocarriles, empréstitos, cambios de Gobierno, motivos que los ocasionaron, etc., haya entrado á oscuras en un dédalo peor que el de Creta: y tanto más lo deploramos, cuanto que para seguirlo y sacarlo de la oscuridad que lo rodeó, necesitaríamos, no de la hebra de Ariadna, sino de escribir un volumen y de tropezar con muchos escollos peligrosos, no para él, sino para nosotros, que tenemos que sepultar hechos y recuerdos vivos é importantes para nuestra historia, y para ejemplo de los que nos están reemplazando, en lo más recóndito de la conciencia, so pena de levantar iras ó de exponerse á odios ocultos, ó á sordas persecuciones.

Nos limitaremos, pues, á manifestar, del modo más solemne y veraz, que casi todo lo relativo á esos puntos que comprende la narración del escritor anglo-americano, ó es enteramente falso, ó está tan desfigurado que creemos estar leyendo alguna relación á la Jules Verne. Todos los que han leído la publicación del señor Curtis, tanto nacionales como extranjeros se confunden, se miran y preguntan ¿de dónde ha podido sacar este señor semejante aglomeración de errores?—Cómo ha podido un escritor serio, ilustrado y sensato caer en ese oscuro golfo, sin brújula y sin faro? Nosotros tampoco lo comprendemos y sin comprenderlo, repetimos que lo deploramos.

Esas dos páginas de su relación sería mejor tenerlas por no escritas y esperar á que su mismo autor, si esto

fuese posible, las escriba de nuevo con mejores datos, con mayor criterio y con pleno conocimiento de los hechos que relata.

Pero, como una negación casi absoluta y sin ciertas aclaraciones parecería extraña, vamos á tocar rápidamente esa confusa aglomeración de hechos inciertos ó inexactos.

No fué el Congreso quien ordenó los estudios para la construcción de ferrocarriles el año de 1872. Antes de hacerlos el General don Tomás Guardia había contratado la construcción del de Alajuela al Limón con don Enrique Meiggs, quien traspasó mediante primas onerosísimas y vergonzosas para el país dicho contrato á su sobrino don Enrique Keith, siendo éste quien hizo los estudios y emprendió la obra, continuándola hasta que se agotaron los recursos y ocurrieron mil complicaciones.

El año de 1868 la administración del Doctor don José M.^a Castro por medio de su Ministro Plenipotenciario en Inglaterra, don Julián Volio, celebró un contrato con la opulenta y reputada firma de los señores Baring Brothers, de Londres, para la construcción de un ferrocarril al Limón. En él se estipuló que mediante el privilegio de 99 años para explotar dicha obra, los contratistas construirían por su propia cuenta y riesgo una línea férrea bajo las mejores condiciones de estabilidad, semejante á las construidas por cuenta de los mismos en la India y en algunas partes de Europa. La República no tenía que gastar un centavo, ni serles responsable por su valor, y vencidos los noventa y nueve años entraría en plena posesión de la obra, con todos sus edificios y accesorios.—Este contrato se debía considerar firme y valedero en caso de que los ingenieros que dicha casa mandó entonces, encontrasen conformes los datos dados por el Gobierno de Costa Rica. Los ingenieros llegaron á este país y dieron principio á sus estudios; pero la revolución

de 1.º de noviembre de ese año y los sucesos posteriores vinieron á dejar sin efecto esta favorable negociación.

En vez de seguir tan buen camino y ejemplo, el General Guardia y sus consejeros prefirieron lanzarse á los azares y riesgos de los empréstitos extranjeros. Solicitaron y obtuvieron en Inglaterra bajo gravosas condiciones, principalmente el del 6 o/o, dos empréstitos, los cuales entre especulaciones fraudulentas en la misma Inglaterra y derroches y malversaciones en este país, se convirtieron en humo y sal, á excepción de una pequeña cantidad que pudo ser aprovechada.

Los banqueros ingleses con quienes se negociaron los dos empréstitos del 6 y 7 o/o en los años de 1871 y principios de 1872, JAMÁS pusieron el pie en Costa Rica, ni menos intervinieron directa ó indirectamente en la política de este país. Por consiguiente, todo cuanto se refiere en la relación del señor Curtis, á manejos, intervención, intrigas, etc., de dichos banqueros está destituido de toda razón y fundamento.

(9.º)

Si por vaquero (cowboy) entiende el señor Curtis el ser poseedor de grandes praderas ocupadas en la cría y ceba del ganado y consagrarse á este negocio, don Tomás Guardia, su padre y su abuelo lo fueron; pero aquí y en los países que conocemos no se da ese nombre sino á los mozos ó sirvientes que se emplean en el servicio y cuidado de dichos ganados, y no á los propietarios ó hacendados. El General Guardia, aunque nacido en la provincia de Guanacaste, cuya principal industria es la pecuaria, procedía de muy buena familia; su padre fué por muchos años Gobernador de ella y su abuelo ocupó

puestos muy honoríficos en los últimos tiempos de la dominación Española y en los primeros de la independencia.

Es cierto que Guardia llegó al poder por medio de una revolución y que una vez adueñado de la dictadura procuró á todo trance conservarla hasta la muerte, á veces con apariencias constitucionales y casi siempre discrecionalmente. Pero el modo como logró sus intentos está enteramente desfigurado en la relación del señor Curtis y debe desecharse.

(10ª)

Al hablar del ejército de Costa Rica quiso sin duda referirse el señor Curtis á la guarnición militar de la plaza de San José en aquel tiempo; pues de otro modo no se concibe cómo puede haber racionalmente supuesto que un país que cuenta con doscientos mil habitantes, en donde todo varón desde la edad de diez y ocho á cincuenta años está obligado por la ley á prestar su servicio militar; que dispone de elementos para armar y equipar veinte mil hombres; y que en la última tentativa hecha por el Autócrata de Guatemala para subyugar á Centro América levantó en ocho días siete mil soldados, no cuente más que con un ejército de 250 hombres. Esto tiene trazas de irrisión y burla; pero no hacemos la ofensa de tomarlo como tal.

(11.)

El escritor pasa con frecuencia de extremo á extre-

mo en sus juicios y apreciaciones. El cowboy, según él lo llama, no sabía leer ni escribir, lo cual es de todo punto falso; pero á renglón seguido lo colma de exagerados elogios, y lo encumbra hasta el grado de proclamarlo el hombre más notable, y bajo muchos conceptos, el caudillo más grande que haya producido Costa Rica, terminando este extraño y encomiástico párrafo, diciendo: *que su errado celo por el desarrollo del país, redujo à este à la bancarrota.* ¿Cómo nos entendemos, señor Curtis? *To be, or not to be:* tal es la dificultad en que U. nos ha puesto.

En este dilema vamos á poner á Costa Rica de juez, lo cual nos parece lo más acertado. Veamos los títulos que U. exhibe para declarar al General don Tomás Guardia, el *non plus ultra* de los costarricenses, citando las propias frases de U. “*Durante su Gobierno, la Nación demostró más desarrollo que nunca, y en cuanto él pudo, introdujo y fomentó en el país el espíritu de moralidad política, la instrucción y la actividad comercial; estableció escuelas públicas y una Universidad; puso à raya el dominio del clero; envió jóvenes al extranjero à estudiar la ciencia de gobierno; y conservó la paz, al mismo tiempo que fomentó el bien del pueblo.*”

Ahora bien: si bajo aquella Dictadura el país obtuvo mayor auge y desarrollo, cual nunca se vió; si Guardia introdujo y estimuló el espíritu de adelanto moral, intelectual y mercantil; si estableció escuelas libres y Universidad; si destruyó la dominación ultramontana; mandó al extranjero una parte de la juventud á aprender la ciencia del Gobierno; conservó la paz, (*) y fomentó el bien del pueblo; (nada quitamos, nada ponemos ni añadimos á las apreciaciones del autor del artículo); así pues, si todo eso resultase ser cierto, y si la mayoría de la República

[*] La genuina y opima paz es la que se funda en la libertad y en el derecho. ¿Será esta á la que se refiere el señor Curtis?

lo reconoce como tal, y absuelve lo relativo á empréstitos extranjeros, contrato de ferrocarril y su traspaso, y convenio firmado en Londres el 18 de noviembre de 1872; entonces, y sólo entonces opinaremos con el señor Curtis, y daremos de todo corazón al General don Tomás Guardia el renombre de grande, muy grande, grandísimo. Entre tanto, apelamos á la opinión y al criterio del buen pueblo costarricense.

Lejos de nosotros la idea de arrebatár á hombre alguno lo suyo, ni de minorar el mérito ajeno. En las anteriores observaciones nos ha movido tan sólo un sentimiento patrio; pues no ha llegado aún el tiempo de una superlativa calificación en un país, que aunque pequeño, cuenta con hombres verdaderamente grandes y bien caracterizados. Reseñando tan sólo aquellos que la muerte ha separado de nosotros, encontramos al Padre Goicoechea, á Zamora, á Coronado y al ilustre Presbítero Florencio del Castillo: entre nuestros esclarecidos patriotas, á José Santos Lombardo y á los que junto con él organizaron y sirvieron el primer Gobierno independiente; entre nuestros Gobernantes, á don Juan Mora F., Gallegos, Aguilar, Carrillo y don Juan Rafael Mora, más ó menos egregios todos; entre sus grandes benefactores, á los Padres Chapuí, Esquivel, Echeverría, Carazo, Madriz, Llorente, Peralta, y por fin al Benemérito Umaña. Muchos otros de nuestros compatriotas se han colocado á una grande altura en la escala social; de ellos podría formarse un admirable cuadro de honor: Eusebio Rodríguez, Presbíteros Alvarado, Francisco María Oreamuno, Joaquin B. Calvo, M. J. Carazo, &, &, y los que cayeron heroicamente en defensa de la patria, entre ellos Santamaria.

¿Quién fué el astro culminante de este pequeño sistema de glorias patrias? Las generaciones que vengan lo dirán. á ellas toca entre tanto emularlas.

(12.)

El pueblo de Costa Rica ha sido siempre entusiasta por el progreso; así lo testifica su corta historia; lo prueban los hechos; y se demuestra por los adelantos de toda clase que ha alcanzado. Por consiguiente, la oposición de que se habla á la obra del ferrocarril, y la revolución que se supone tuvo que contrarrestar el General Guardia, con este motivo, son puras invenciones.

(13.)

El seguir paso á paso los numerosos errores, las falsas apreciaciones y los ciegos conceptos del escritor anglo americano, sería enojoso, exigiendo esta tarea una publicación veinte veces más extensa que el artículo que origina estas notas. Porque en una sola línea puede estamparse un hecho falso ó una errada impresión; mientras que para refutar ese hecho, ó para esclarecer ese error, se necesita probar lo contrario y aducir argumentos que exigen tiempo, espacio y serias reflexiones. Por eso, y porque sería nimiedad ocuparse en desvanecer conceptos hasta cierto punto triviales, como por ejemplo; el ridículo afeitado atribuido á todo el sexo femenino, en vez de limitarlo á la reducida porción que tiene la desgracia de usarlo; la aversión popular al baño y al aseo, sin expresar que esto sólo sucede cuando el calor y la transpiración son abundantes, y por sólo algunas horas; las persecuciones religiosas, confiscación de bienes de frailes y monjas, &, &, &, todo esto y mucho más lo dejamos caer por sí solo en el terreno de la novela ó de la fábula.



(14.)

Durante la Administración del General Fernández se declaró por una ley caduco el Concordato celebrado con la Santa Sede; y aunque hay y ha habido absoluta tolerancia de cultos, no es verdad que en Costa Rica haya habido alguna vez separación de la Iglesia y el Estado.

Es inexacto así mismo que en Costa Rica se hayan confiscado conventos, ó que alguna ley prohíba á los clérigos el uso de su vestido talar.

(15)

Una crítica, entre otras muchas, que nos parece justa, aunque algo exagerada, es la relativa al modo como se administran los últimos sacramentos de la Iglesia Católica, á los enfermos en estado grave. Tiempo es ya de que la Autoridad Eclesiástica, á quien esto incumbe, dicte las medidas, al menos en esta capital, para que el Sagrado Viático sea conducido más decorosamente ó de un modo privado, como se hace en otras ciudades más católicas y más populosas que la nuestra. El respeto y el decoro religioso así lo exigen; y lo que se perdería en ruido de músicas, de campanillas y campanas se ganaría evitando irreverencias, desacatos y escandalosas profanaciones.

En cuanto á funerales, bástenos observar que existe entera libertad para hacerlos religiosa ó civilmente: que los cementerios están secularizados; y que una sola vez que sepamos, se han fijado grandes carteles anunciando los funerales de don Tomás Guardia ó de uno de sus subalternos militares.—¿Por qué á un hecho único y aislado se trata de darle un carácter de generalidad?

(16)

La parte del artículo del señor Curtis que expone nuestra organización administrativa y política está cuajada de errores. Fuera de otros, apuntaremos el de que hay un senado compuesto de doce miembros; el de que la Comisión Permanente del Congreso se elige por el Presidente (el mismo Congreso la nombra); y el de que esta Comisión tiene poder de revisar sentencias judiciales ó las cuentas de la Tesorería.

(17)

Proseguiremos con una necesaria y debida rectificación.

Don Bernardo Soto, actual Presidente Constitucional de la República, nunca fué el favorito, ni el protegido del General Guardia; al contrario hubo un tiempo en que tanto él como su padre fueron adversarios políticos de aquél. Dos años poco más ó menos, antes de la muerte de Guardia había mediado una reconciliación con éste, lo cual motivó que el señor Soto admitiese después el nombramiento de Gobernador de la provincia de Alajuela, cuyo puesto ocupaba dignamente cuando ocurrió la muerte del Dictador.

El General don Próspero Fernández ocupó como uno de los designados para ello el puesto vacante; y convocado poco tiempo después el pueblo á libres elecciones, fué nombrado constitucionalmente para gobernar la República, por un período de cuatro años; pues la Constitución política de 1871 que había cesado de regir, por voluntad del General Guardia, mandó éste en su lecho de muerte que se pusiese en vigor, y lo está hasta hoy, con algunas modificaciones.

Don Bernardo Soto, no fué ni pudo nunca ser el pupilo del Presidente Fernández: fué tan sólo su mejor amigo, su Ministro y consejero. La circunstancia de haber pretendido el señor Soto, desde dos ó tres años antes, la mano de la hija única de aquél, con la cual se unió después en matrimonio, hizo que el General Fernández desde mucho tiempo antes de llegar á la Presidencia de la República, tuviese por el pretendiente de su bella y estimabilísima hija, un cariño y una confianza casi paternas.

Don Próspero Fernández, procedente de una de las más antiguas y distinguidas familias de Costa Rica; hijo de uno de los hombres más honorables y patriotas, que ejerció el poder público á principios del año de mil ochocientos treinta y cinco; y al propio tiempo hermano político del General Guardia y del Doctor don José M.^o Castro, Presidente Constitucional de la República en dos diferentes períodos y Benemérito de la Patria; subió rodeado de tan honrosos precedentes y con aplauso general á ejercer la Presidencia, no como tutor ó curador de alguén, sino como el elegido de la Nación.

Las úlceras más graves de la Dictadura fueron curadas por su mano, debido á sus rectas, sanas y patrióticas resoluciones; y en esta loable tarea tuvo por activo colaborador, entre otros, á su joven amigo y futuro hijo político don Bernardo Soto.

Sorprendido el Presidente Fernández por la muerte, á la mitad del período de mando que ejercía, el Primer Designado por el Congreso para encargarse de la Presidencia, por muerte, impedimento ó ausencia del Jefe del Poder Ejecutivo, entró constitucionalmente á reemplazarle, mientras se procedía á nuevas elecciones. Este designado por la ley era don Bernardo Soto, quien en las críticas y difíciles circunstancias de aquellos días, á causa de la inesperada y violenta usurpación del tirano de

Guatemala, que obligó á las Repúblicas de Costa Rica, Salvador y Nicaragua á tomar las armas para rechazarla, el señor Soto tuvo que dar pruebas relevantes de su patriotismo y energía.

Pasada esta tempestad y convocadas las Asambleas electorales, éstas por voto unánime elevaron á la Presidencia Constitucional al distinguido patriota, que por tantos títulos se había hecho acreedor á la confianza de sus conciudadanos. Tal es la historia verídica y sencilla del advenimiento al Poder del actual Presidente de Costa Rica, y no la forjada relación de transmisiones hereditarias ó de mandatos dictatoriales.

(18)

No es sólo el señor Curtis el que ha incurrido en este error: otros escritores han consignado también que estas costas de Centro América fueron la primera parte del continente descubierta por Colón. Sentimos que no sea así; pues durante su tercer viaje en 1498 y del 1º al 5 de agosto entró al golfo de Paría, y sin saberlo y cerca del gran Delta del poderoso Orinoco tocó ese Continente, que no debía llevar siquiera su nombre.

(19)

Al terminar estas anotaciones, debemos algunas palabras al ilustrado y distinguido caballero W. E. Curtis, manifestando con toda ingenuidad:—que al tomar la pluma para esclarecer y rectificar su brillante artículo sobre Costa Rica sólo nos ha animado un sentimiento justo y

patriótico, y en modo alguno el vulgar prurito de crítica ó de oposición á las ideas y opiniones de otros. Admiramos el conjunto de su artículo: agradecemos los favorables conceptos para este país, en que abunda; y le debemos estar reconocidos, no sólo porque nos hace notar nuestros defectos nacionales y lo que nos falta para asegurar nuestro porvenir, sino también por la sinceridad de sus deseos acerca de la prosperidad de este país. Felices nos conceptuaríamos en volverlo á ver entre nosotros, lo mismo que á sus dignos y distinguidos compañeros de viaje. Costa Rica se honraría con su presencia, y no hay duda que recogería de ella mucho provecho y quizá algunas páginas más de su brillante y acreditada pluma.





0000150257